

Christoph Menke: *Teoría de la liberación*. Madrid: Dado Ediciones, 2025, 535 págs.

La obra parte de la aseveración siguiente: “todas las liberaciones que la modernidad ha producido desde sus inicios se han convertido –tarde o temprano– en lo contrario” (9). Cada modelo de liberación que ha surgido a lo largo de la historia ha devenido en nuevas formas de coerción, dependencia y servidumbre. Christoph Menke tratará de mostrar, a lo largo de una extensa e intensa argumentación, que el despliegue fracasado de los diferentes modelos de liberación no constituye sino el correlato fáctico de la aporeticidad intrínseca al proceso dialéctico que es la liberación. Este carácter contradictorio de la libertad no significa para Menke que sea un imposible, pues en línea con los referentes frankfurtianos en quienes se apoya en el libro (junto con otros grandes filósofos contemporáneos como Derrida, Levinas, Deleuze o Heidegger), apuesta por abrazar esa contradicción inherente a la libertad para proyectar un modelo de liberación que vaya más allá de los fracasos del pasado y conduzca a una liberación radical. Menke, entonces, no se limita a realizar una crítica externa de los procesos históricos de emancipación, sino que intenta comprender la contradicción interna de la liberación, el modo en que la liberación se contrapone a sí misma y fracasa desde dentro.

El objetivo del libro no es, por tanto, abandonar la idea de liberación, sino pensarla de nuevo, atendiendo a las condiciones que han llevado históricamente a su inversión en dominación. Para ello, Menke desarrolla una ambiciosa teoría filosófica que articula estética, genealogía del sujeto, crítica social y reflexión política. La liberación es entendida como un proceso dialéctico, no como un estado alcanzado, y solo existe en la medida en que se libera también de sí misma. *Liberación* y no *libertad*, entonces, porque de lo que Menke nos está hablando es de un movimiento reactivo y activo y no de una modalidad abstracta que pasa a caracterizar al sujeto en un estatismo categorial.

La obra está organizada según tres momentos del proceso dialéctico de la liberación: idea, modelos y concepto. En la primera parte del libro, Menke analiza la concepción occidental dominante de la libertad, cuyo origen localiza en Grecia y que tiene su culmen en el idealismo absoluto de Hegel. Esta es una concepción que sitúa como agente propiciador de su liberación al sujeto autoconsciente y socialmente activo aunque, como Menke muestra, es precisamente a través de esa visión subjetivadora de la libertad como la liberación occidental lleva a una nueva forma de dependencia (del sujeto hacia sí mismo). Así Menke muestra otra manera de entender la libertad que es opuesta a la anterior: la libertad que ofrece la lectura del Éxodo

judío, que se basa en la dependencia y es experiencial. En la segunda etapa, examina dos modelos históricos que intentan ir más allá de esa libertad subjetiva –el modelo económico y la religión monoteísta–, interpretándolos, de manera aparentemente contraintuitiva, como intentos de liberación radical de la subjetividad. Finalmente, en la tercera etapa, Menke intenta extraer la verdad contenida en estos modelos fallidos para formular un concepto de liberación radical que no recaiga en las aporías anteriores.

El enfoque metodológico del libro se revela, ya desde el principio, como explícitamente estético: Menke sostiene que la filosofía de la liberación no puede partir de la autoconciencia del sujeto, sino de la experiencia liberadora. Esta experiencia, que es la experiencia de la fascinación (y este término es sin duda el eje conceptual del libro) es una experiencia que acontece antes de la reflexión y que no puede ser apropiada como saber subjetivo. A la liberación le es inherente, entonces, un momento de pasividad, en la liberación se padece un afuera. Así, la concepción de la liberación de Menke es estética. Debido a ello, Menke desarrollará su argumentación a través de la narración de relatos, pues la liberación bebe de la experiencia y es entonces desde la experiencia, entiende Menke, que debe articularse la teoría. De ahí la centralidad que adquieren las imágenes, los relatos –bíblicos y contemporáneos– y las experiencias sensibles en la obra.

El lugar desde el que parte la liberación en su camino es el sujeto. La conciencia griega descubre la libertad o *eleuthería* al hacerse consciente de su libertad como negación determinada: la libertad ocurre cuando se descubre que uno ya se ha liberado, cuando se niega la esclavitud y se recuerda la existencia que había antes de la esclavitud, dándole un sentido nuevo y transformador. La libertad se constituye, así, como “una apropiación creadora del viejo ser” (35). Menke reconstruye la genealogía de la libertad en el mundo griego mostrando cómo el antiguo significante de la libertad deja de significar un estatus social (*eleuthería* era la buena ascendencia o estirpe) para convertirse en un valor y un ideal. Es ese valor el que se entiende como en oposición a la esclavitud: libertad como negación determinada.

Este descubrimiento griego de la libertad, como se ha mencionado, está indisolublemente ligado a la conciencia. Ser libre para los griegos es volverse consciente de la propia libertad, y la liberación se entiende como emancipación de la conciencia a través de la experiencia de la no-libertad. En este marco se inscribe la figura del sujeto, cuya libertad se realiza como poder de acción socialmente mediado. Menke distingue aquí dos dimensiones de la liberación: por un lado, la formación del concepto

de sujeto mediante un acto de toma de conciencia; por otro, la constitución de la subjetividad a través del trabajo y la habituación. Siguiendo una lectura crítica de Hegel, muestra cómo la libertad subjetiva se funda en la adquisición de capacidades prácticas que forman una “segunda naturaleza”, es decir, un conjunto de hábitos normativamente estructurados.

El camino que recorre la liberación, sin embargo, está lleno de contradicciones. La libertad como subjetividad se torna en servidumbre, arguye Menke, y este es el punto decisivo de su análisis sobre esta concepción de la libertad, porque es la propia identidad del sujeto, su ley, la que pasa a dominarle. Esta es una forma de dominación más peligrosa que la anterior, porque las cadenas que sujetan al sujeto –la cacofonía es inintencionada, pero necesaria– son invisibles. A diferencia de la esclavitud tradicional, esta servidumbre no es relacional ni externa, sino interna: es la coacción ejercida por el hábito y la identidad. El sujeto queda sometido a la ley de la identidad que se conforma a través del hábito, en la clasificación de lo particular a través de lo general en una serie continua y repetitiva. Así, al sujeto le es impuesto determinar sus determinaciones a través del hábito, de la misma manera una y otra vez. Esto es paradójico, además, porque es la ley de la identidad la que hace sujeto al sujeto, y es esa misma ley de la identidad la que le sujeta haciéndole sujeto: solo gracias a la habituación se hace el individuo sujeto y puede, así, determinar; pero es debido a la habituación por la que el sujeto tiene que determinar y tiene que hacerlo de una determinada manera. Aquello que lo capacita (que lo hace, entonces, sujeto) es precisamente aquello que lo domina.

Menke ilustra esta paradoja mediante el relato bíblico de las murmuraciones del pueblo de Israel en el desierto y mediante el análisis de Frantz Fanon sobre la interiorización de la dominación de la población negra en las Antillas tras la abolición de la esclavitud. En ambos casos, la liberación formal no elimina la servidumbre, sino que la internaliza, convirtiéndola en identidad psíquica. La subjetividad, entendida como poder de acción, se revela así ambivalente: aquello que constituye la libertad del sujeto es también lo que lo somete. El hábito produce estabilidad y capacidad, pero al mismo tiempo elimina la diferencia, la novedad y la posibilidad del comienzo nuevo.

Frente a esta aporía de la libertad subjetiva, Menke propone pensar la liberación desde la experiencia, más concretamente desde una experiencia que denomina “fascinación”. La fascinación es la experiencia en la que el ver se libera de la percepción habitual y del determinar conforme al hábito. No se trata de una actividad del suje-

to, sino de un padecimiento: algo nos acontece y deshace nuestra subjetividad. Esta fascinación abre la posibilidad del comienzo, que significa determinar de otra manera.

La escena paradigmática de esta experiencia, relata Menke, es el encuentro de Moisés con la zarza ardiente. Moisés no comprende lo que ve, pero es atraído por una aparición que no se deja reducir a objeto ni a ilusión –¿cómo puede arder la zarza sin consumirse? No puede determinarse este fenómeno según los esquemas de la lógica que Moisés tiene internalizada y, sin embargo, Moisés sabe que está aconteciendo. A Moisés le fascina una imagen que no muestra algo determinado, sino el aparecer mismo del aparecer. En ella, lo real se manifiesta como indeterminación y como pura determinabilidad.

Esta experiencia tiene un efecto liberador porque suspende la ley de la identidad y traslada al sujeto a un estado de apertura radical. La libertad que aquí se experimenta no es una capacidad ni una propiedad, sino la posibilidad misma del comienzo nuevo. Menke caracteriza esta libertad como espontaneidad receptiva: una libertad que no se produce, sino que acontece.

Esta concepción estética de la liberación no es idealizada por Menke. El autor analiza críticamente la crisis moderna de la fascinación, vinculada a su estetización y a la producción técnico-medial de imágenes. A través del caso del surrealismo, Menke señala que la fascinación corre el riesgo de volverse inmanente y efímera, perdiendo la certeza de que lo experimentado sea verdaderamente real. El problema es que, a diferencia de lo que ocurre con la fe religiosa, en la estetización de la fascinación no se tiene certeza de que lo experimentado sea verdaderamente real. Es por esto que la experiencia puede tornarse en un episodio efímero que no lleve a una transformación de aquel ser que la padece y, por lo tanto, que no lleve a la liberación radical. Sin embargo, Menke rechaza una crítica nostálgica de esta estetización. La fascinación moderna, precisamente por estar mediada técnicamente, se presenta como una contra-mirada frente a la percepción habitual. La crisis de la fascinación no es inevitable: depende de una decisión. La liberación solo se realiza si se toma en serio la experiencia fascinante como comienzo real, interrumpiendo el retorno automático al hábito.

En la segunda parte del libro, Menke analiza dos modelos históricos de liberación radical: el modelo económico y la religión monoteísta. Ambos intentan liberar al individuo de la subjetividad social, pero lo hacen de maneras opuestas.

En primer lugar, el modelo económico promete la liberación a través de la independencia y “la determinación fundamental de la individualidad independiente consiste en tener capacidades” (273). Menke reconstruye este modelo a partir del relato de Walter White en *Breaking Bad*, mostrando cómo la serialización económica transforma la vida en un proceso infinito de valorización a través de la capacidad que, no casualmente, camina a la par con el proceso infinito de valorización del valor (en sentido marxiano). Esta serialización tiene lugar ante la necesidad del protagonista (o el sujeto del capitalismo) de autoconservarse aumentando, para ello, sus capacidades. La serie se independiza del sujeto, que trataba de independizarse del medio social, y su experiencia se vuelve trágica: el sujeto que buscaba no depender de los demás termina dependiendo de ellos más que nunca porque las capacidades están mediadas socialmente. Menke explica, sin embargo, que la serie estética emerge entonces como una forma afirmativa de experimentar ese fracaso y en ella el individuo se convierte en el espectador estético de su propio destino.

En segundo lugar, el modelo religioso articula la liberación a través de la obediencia al mandato trascendente. En el Éxodo, la liberación no es autoafirmación, sino respuesta a una demanda que viene de fuera. Este modelo de liberación también falla, como explica Menke al trazar una distinción fundamental entre mandato y ley. El mandato libera, pero reimponiendo la ley y, con ella, la identidad y la servidumbre.

Menke muestra, por lo tanto, que ambos modelos contienen un momento de verdad, pero también reproducen nuevas formas de servidumbre.

En la tercera parte, Menke intenta articular un concepto de liberación radical que aprenda de los fracasos anteriores. La clave para el autor está en pensar la relación entre hábito y fascinación como una relación interna y asimétrica. La fascinación recuerda el fundamento olvidado del hábito: “la experiencia de la fascinación es liberadora porque arranca al sujeto de sus hábitos de determinación y lo devuelve al estado de determinabilidad que constituye su naturaleza” (501). Así, ocurre que la liberación radical no consiste en salir del hábito, sino en liberar el hábito respecto de sí mismo. Esto solo es posible mediante un recuerdo conmemorativo que se realiza en la experiencia estética y que debe ser inscrito en la praxis. La liberación se vuelve real cuando produce retroactivamente su propia posibilidad.

Este movimiento tiene, según Menke, consecuencias políticas. Aunque la liberación radical no sea en sí misma una teoría política (la liberación radical no es en sí misma política, ni ética, ni estética, etc.) su realización exige una transformación

colectiva de los hábitos sociales. La política de la liberación implica la creación de nuevas leyes y una nueva forma de educación orientada a recordar la experiencia liberadora. La liberación, insiste Menke, no puede ser autoproducida y tampoco puede ser dada de un sujeto a otro: es, entonces, algo difícil de enseñar. Menke cierra la obra expresando que la práctica de la liberación implica permitir a los otros la escucha de aquel mandato que solo se puede recibir pero que así mismo implica la acción del sujeto que quiere recordar su orden: “la ley de recordar la liberación en la experiencia” (523).

En definitiva, *Teoría de la liberación* de Christoph Menke es una obra exigente y ambiciosa que replantea de manera radical uno de los conceptos más complejos de la filosofía. Frente a la forma occidental de la libertad como autodeterminación del sujeto, Menke propone una teoría de la liberación como experiencia, recuerdo y espontaneidad. Esta concepción de la liberación, que es estética, está acompañada de una gran dificultad, que Menke denomina la “paradoja de la liberación” y que explica de la siguiente manera:

“la dificultad fundamental, si no la aporía, en la que cae el intento de asir conceptualmente la producción de la libertad. Todo intento de entender la liberación se debate entre los extremos de la acción y el acontecer, la actividad y la pasividad, que se excluyen a la vez y que se presuponen mutuamente” (434).

La respuesta que ha dado Menke en su formulación teórica a este problema es remitir al proceso de producción de la liberación a partir de las narraciones. Estas narraciones, no obstante, responden a modelos de liberación fracasados, de los cuales Menke extrae sus momentos de verdad para construir una teoría de la liberación radical. El problema es que no está claro cuál es la experiencia que podría dar lugar a una liberación radical en el sentido propuesto por Menke. Aunque la experiencia de la fascinación ocupa un lugar central en el desarrollo de la teoría, su articulación permanece en un nivel de elevada abstracción y no llega a traducirse en una determinación histórica concreta o, siquiera, una imagen o relato extraídos del mundo de la cultura.

En este sentido, la teoría de la liberación parece operar en un registro que, si bien no es estrictamente apolítico –como el propio Menke insiste–, sí se mantiene deliberadamente a distancia de una explicitación contextual o institucional de la praxis liberadora. Esta indeterminación no invalida la propuesta, pero señala una tensión interna que atraviesa todo el proyecto: la dificultad de pensar una liberación que no

se reduzca ni a la autoactividad del sujeto ni a la mera pasividad del acontecer, sin por ello recaer en una concepción excesivamente abstracta de la experiencia.

Leída desde esta perspectiva, *Teoría de la liberación* no ofrece tanto una respuesta definitiva a la cuestión de la liberación como una reconfiguración del problema mismo. Al situar el origen de la liberación en la experiencia estética y en el recuerdo de lo indeterminado que funda el hábito, Menke desplaza el foco desde los modelos clásicos de la libertad hacia un plano más originario, en el que la liberación aparece como un acontecimiento frágil, siempre amenazado por su inversión en dominación. La potencia de la obra reside precisamente en este desplazamiento: en obligarnos a pensar la liberación como una tarea siempre abierta, cuya realización exige permanecer fiel a la experiencia que la hace posible. En este sentido, la dificultad –y quizá la irresolución– de la propuesta no constituye tanto su debilidad como el índice de la radicalidad de la pregunta que la anima.

Carlota Míguez Domínguez
carlotamiguez@gmail.com